



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria

Crisol de Letras

Los talleres literarios como formadores de nuevos escritores

2

Taller literario “La travesía de escribir” de Gabriela Bayarri

**Subsecretaría de Cultura - Secretaría de Extensión Universitaria
Universidad Nacional de Córdoba**

Universidad Nacional de Córdoba
Rector: Dr. Hugo Oscar Juri
Secretario de Extensión Universitaria: Ab. Conrado Storani
Subsecretario de Cultura: Mgtr Pedro Sorrentino

Edición sin fines de lucro - Prohibida su venta
2020

Prólogo del Subsecretario de Cultura UNC SEU

Todas las expresiones de la cultura se han visto afectadas por la pandemia COVID 19. La extensión universitaria no se ha mantenido al margen de este fenómeno. El vínculo entre la comunidad y la casa de altos estudios ha debido apelar más que nunca a los recursos audiovisuales y a los medios virtuales para mantener la comunicación entre ambas partes. Desde la Subsecretaría de Cultura de la Universidad Nacional de Córdoba hemos gestionado una destacada agenda de eventos no presenciales para continuar con nuestra labor extensionista.

Nuestra antología literaria “Crisol de letras” tiene por finalidad dar visibilidad a las obras producidas por los alumnos de los diversos talleres literarios de la provincia de Córdoba. Entendemos a los talleres literarios como espacios de encuentro donde se fomenta el arte, la creación, la cultura, la sensibilidad y los sentimientos humanos.

Al momento de programar una nueva edición de este libro, la zona de Traslasierra, como ninguna otra de la provincia de Córdoba, estaba siendo asolada por el coronavirus. Así fue que desde la Subsecretaría de Cultura UNC nos pareció oportuno abrir las puertas a los escritores noveles de la región como un modo de tenderles una mano, pues es bien sabido que para un artista es siempre una alegría dar a conocer sus obras. Para ello invitamos a la escritora y comunicadora social Gabriela Bayarri quien desde hace años coordina talleres literarios en diversas localidades de la región. Algunos de sus alumnos son jóvenes que están sacando a luz sus primeros textos, en tanto que otros son ya reconocidos literatos que han seguido su propia senda. En este contexto actual de aislamiento nos vemos obligados a hacer una edición virtual del libro y una presentación on line,

pero estamos seguros que va a resultar del agrado de todos los asistentes. Tanto la antología como el video del evento estarán disponibles en los sitios oficiales de la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad de Córdoba.

Mgr. Pedro Sorrentino

Prólogo de la compiladora literaria

“Leer, o escuchar leer en voz alta , sirve para abrir esos espacios, todavía más a aquellos que no disponen de ningún territorio personal”.

Michèle Petit

TALLER LITERARIO “LA TRAVESÍA DE ESCRIBIR”

La antropóloga Michèle Petit afirma que “la lectura tiene mucho que ver con el espacio, toca los cimientos espaciales del ser. Parece ser un atajo privilegiado para encontrar un lugar, meterse allí, anidar”. En su libro Leer el mundo, para el cual investigó experiencia de lectura en ámbitos socioculturales diversos, con personas que atravesaron circunstancias difíciles como conflictos armados, emigrar de su país, estar preso o tener una infancia solitaria o en la pobreza, sus interlocutores se refieren a sus recuerdos de lectura, como un espacio que, literalmente, les habría dado lugar: “los libros eran mi casa, siempre estaban ahí para recibirme”, etc. “Para designar ese espacio –continúa Petit–, utilizaban términos que remitían a algo vasto (una tierra de asilo), pero también a algo íntimo (un refugio, una choza en una isla, una cabaña, como aparece de manera recurrente en las lecturas de infancia)”.

Un taller literario, es muchas veces una cabaña, una casa, un “refugio”, ante la adversidad del mundo circundante y el de la propia historia personal. En una mirada superficial, se piensa que es un lugar adonde se va a escribir y a leer. Pero en realidad, y con una visión más minuciosa y profunda, sabemos que es mucho más que eso; es el inicio de un camino hacia la transformación de uno mismo. Por un lado, se proponen lecturas, autores, temas y al mismo tiempo ese acercamiento a las historias ó a la poesía, a través del lenguaje, nos lleva casi inevitablemente a un recorrido por las emociones, por nuestros

recuerdos o vivencias, por nuestra propia historia. Nos lleva a un “despertar”. Es allí entonces, donde la literatura cobra sentido e incluso podemos encontrar en ella el sentido de la vida. La escritora María Teresa Andruetto habla de la lectura como “entrar a un territorio desconocido, extraño todavía, que nos promete, sin embargo, cierta recompensa, una experiencia en algún punto reparadora, algo así como un volver a casa, a nosotros mismos...” (La lectura, una revolución).

Considero que el camino de quien se aventura a la escritura, debe estar signado por un buen caudal de lecturas y por la voluntad de escribir. Leer y escribir van juntos, uno se retroalimenta del otro y viceversa. No conozco ningún buen escritor/a que antes de ser reconocido, no haya leído al menos decenas de libros, o una biblioteca entera. La lectura, es sabido, alimenta nuestro lenguaje y propicia la imaginación. Cuando me preguntan qué es leer, suelo recurrir a aquella metáfora de que leer es como un viaje, uno puede “ver” paisajes extraordinarios, contemplar el mar azul, sentarse en lo alto de una montaña y respirar el viento tibio, adentrarse a conocer historias de la antigüedad, y al mismo tiempo vibrar con las sensaciones que transmite el escritor a través de sus personajes o de la expresión de sus propios sentimientos. Y todo ello sucede gracias al lenguaje y a la magia de las palabras.

¿Qué es entonces un taller literario? En ese refugio, en esa casa, imagino la idea de un taller “como un reducto algo oculto con pasajes escondidos que abren hacia otro mundo”. Y dentro del taller, anaqueles con libros e instrumentos que me permitan escribir y expresar a través del lenguaje. Como un hechicero o una maga, convocaré los recuerdos de infancia, los ancestros, lo masculino y lo femenino; revolveré en un caldero lo inasible, las luces y las sombras, lo horrendo y la belleza. El resultado de esa alquimia podría ser un conjuro.

Escribir es como adentrarse en un bosque –me viene a la me-

moria el cuento ruso Vasalisa, la sabia –, o una travesía. Es casi un espejo de lo que es la lectura para Andruetto, solo que al escribir ese “territorio desconocido” somos nosotros. Cuando empezamos a escribir, aparecen ideas, una frase, un verso y a medida que avanzamos, exploramos nuestros paisajes internos, y no sabemos en dónde terminará nuestro texto, hasta que lo finalizamos.

Encontrarán aquí una muestra muy diversa de estilos y temas de escritura de quienes han sido mis alumnos/as y algunos invitados, tomando en algunos casos rasgos de nuestra región particular (con su tonada y su lenguaje propio), quienes han emprendido el apasionante camino de su viaje interior.

Agradezco a Pedro Sorrentino, Subsecretario de Cultura UNC por brindar este espacio a los escritores noveles; la calidez y el entusiasmo de Mariano Cognigni, coordinador de esta antología, y a la generosidad de Miguel Angel Ortiz, con quien hemos compartido la profesión de comunicadores y largas noches de café literario, presentaciones de libros y talleres literarios.

“Agradezco profundamente a todos los autores. Muchos de ellos han sido mis alumnos y otros son invitados, primero por haberse sumado rápidamente a este proyecto, y en segundo lugar celebro en cada uno de ellos a personas maravillosas que han elegido el camino de la escritura y han enriquecido mi camino como lectora, escritora y persona”.

Gabriela Bayarri

Técnica en Comunicación Social U.N.C.

Escritora

Fuentes:

Leer el mundo, experiencia actuales de transmisión Cultura, de Michéle Petit

La lectura, otra revolución, de María Teresa Andruetto.

Mujeres que corren con los lobos, de Clarissa Pinkola Estés.

Hundida

Rocío Lacaya Mosquera

El corazón late fuerte y de un momento para otro sin razón alguna respirar se vuelve una tarea imposible de realizar.

En tu mente estas tocando casi a milímetros la muerte que tanto esperabas pero que ahora incluso te atormenta.

Y tus alrededores se vacían de esperanzas y de energías, la soledad te cala los huesos y te molesta tanto el cuerpo que la mente manda señales de autodestrucción como un muñeco de acción mal programado.

Buscar una motivación se va alejando de la lista de prioridades, es entonces cuando entras en una maligna rutina que te agobia y te aleja, todo aquello que puede despertar una emoción diferente a la tristeza se esfuma en el más grande cielo oscuro.

El sol no te da la vitamina,

La comida no te da la energía,

El cuerpo no responde los movimientos,

Estas en pausa... Te ladra tu perro en la cara, como un grito desesperado porque no te ve vivo. Y estar vivo, no es estar respirando.

Las noticias son solo palabras juntas en una oración que alguien mas emite de su voz.

El agua que sana y limpia el cuerpo es una tarea más, la cama tiene la forma de tu cuerpo y sin embargo no dormís, no descansa esa mente tan enferma y desconectada, quizá espera de un príncipe azul inexistente. ¿Quién te va a sacar de ese infierno?

Viaje mental

Rocío Lacaya Mosquera

¿Estas acá, ¿Me escuchas?. (Me emociona el pensar que tono de voz tengo en tu cabeza)

Vamos a viajar, sin necesidad de un pasaporte, ni una edad determinada, vamos a viajar sin equipaje ni horarios, simplemente vamos a teletransportarnos, a ese lugar que tanto mereces y sueñas, ¿ En qué estarás pensando, iremos a visitar a alguien o iremos a recorrer calles perdidas en Italia? ¿Miraremos el mar desde Grecia? ¿Comeremos maracuyá en un barco con destino a las selva?... Esta parte es muy importante, necesito que cierres tus ojos y memorices un lugar feliz, ojo, no hace falta que lo hayas visitado alguna vez, solo imagínate ahí, llévame contigo si quieres, de todas formas, te ayudaré cada vez que me necesites.

Acá estamos, Buen viaje.

Sentis cómo el viento te acaricia el rostro y cómo el calor del sol te pinta caricias por el cuerpo.

Te sentís a gusto acá, nada salió mal, estas en el mejor lugar, se siente cómodo como la sabana te arropa y la habitación te invita al descanso, pero en el viaje es emocionante el descubrir, casi te diría que escuchar tu canción favorita se asemeja con el sentimiento de la aventura.

Tu cuerpo se siente liviano, como si levitaras al caminar, no sentís ninguna preocupación humana, estas como en la punta del cerro admirando la vista desde la altura.

Te invita a suspirar un sinfín de flores rosadas,

Tomas un jugo exótico de lo más refrescante,

Fotografiás con tus retinas el paisaje de verdes,

El mar te activa la circulación, tu vista esta en tus pies, se mueven lentamente pero decididos al profundo mar cristalino, el agua ya casi llega a tus rodillas y sin embargo te seguís viendo los dedos del pie a la perfección, la arena te acaricia, parece que te hace un masaje en la espalda.

Ya no estas mas de pie, ahora flotas, quédate ahí, un segundo, disfruta como el agua te sostiene, la mismísima naturaleza te acompaña en el viaje, el sol te permite mirar las nubes y tu pelo danza una canción sin sonido. Que bien se siente, esto, el descanso. Mereces descansar, después de un día largo, después de cualquier

actividad te espera el mar, o el pasto verde, te esperan los suspiros y los abrazos que te reconfortan.

Ahora sabes, que cada noche es un nuevo viaje de descanso, cada día es una nueva oportunidad, para volver a empezar. Buen viaje, te espero en donde me necesites, solo cerra tus ojos y visualízame.

Manifestación

Rocío Lacaya Mosquera

El día en el que tus huesos se fundan en una hectárea de verdes y un niño al saltar te rompa la pierna, no vas a sentir dolor.

(De todos modos, me gusta la manifestación que expresa tu cuerpo al sentir tan punzante acontecimiento)

Quizá incluso yo sea aquel niño que se haga el distraído al sentir tan peculiar estruendo.

abril

Carolina Militello

Y si entonces
no quedara
en el mundo
más que un deseo

sólo un día

o una última hoja
para escribir

sin dudarlo
mis palabras
grabadas
en las piedras
presagiarían

todo el sol de abril

tapabocas

Carolina Militello

Las bocas
esos cauces
de palabras que brotan
entre los labios

y navegan

humedecidas
en el barco profundo
de cada lengua

Y los dientes
floreciendo
al parirse las risas
menguantes
o crecientes

Luna llena
en las comisuras
y en los hoyuelos

Morderse los labios
apretarlos
o dejarlos ir
a la orilla
de ese río interminable

Han pasado meses
y yo extraño las bocas
de las gentes

Es que ahora estamos
a flor de piel
y de barbijo
todo está a la vista
y en los ojos

Somos medio rostro
detrás de nuestra voz
distorsionada

Nos llegó el momento
tal vez
de descifrarnos
mirarnos a los ojos
y vernos

Quizás sea
el maleficio o la suerte
de esta pandemia

pantalla

Carolina Militello

Una mesa de bar
cuatro adultos
una nena de siete u ocho
una coca y una cerveza
papas fritas
muchas risas

el mundo de los adultos
parece feliz

pero a ella
que le brillan los aritos
y sus ojos
le dieron un celular

para que no moleste

no hable
no mire
no huela
no escuche
no opine

Una papa tras otra
sin respirar
sin masticar
sin saborear

La pantalla la envuelve
los adultos no la ven
no le hablan
no le preguntan
no la invitan a reír

Llega la pizza
todos felices
y la nena
de flequillo primavera
come soledad

Acerca del Futuro

(A los hijos)

Alberto Carlos Prieto

Lo pensé en azul,
pero tal vez sería mejor
ese verde esmeralda,
o el coral intenso,
aunque los ocres parecen más cálidos.
Sé que es importante
que puedas modelarlo,
hundirte sin temor
y transitar sus distancias
con el sabor de lo nuevo
y la lágrima de la nostalgia.
No lo quiero obvio por lo aburrido.
Podría ser sorprendente y ágil,
contorneando la emoción,
con lugar para escaparse
y con tiempo para dos.
Puede que tenga
compromisos solidarios,
de esos que no se usan,
y que conociste en los relatos,
quizás la congoja lo acapare a veces...
pero en realidad quiero que el color
sea de tu elección,
le pongas los afectos y
libremente lo llenes de las cosas
que vos y tus amigos
decidan necesarias.
Sólo te pido que dejes un lugar
para compartir los sueños y

si te sorprende la tristeza
en el camino, acordate de llevar
envuelta una alegría para soltarla
en el espacio de la risa.

El Libro

Alberto Carlos Prieto

Trabajaron casi tres meses preparando el lugar. Querían que fuera mejor que la del barrio rival. Quitaron las malezas con una pala y una azada que trajo Javier. Como había algunas piedras grandes y troncos necesitaron una carretilla que también aportó **Javier** (su casa tenía un gran jardín), pero su padre no quiso prestarles un machete porque –dijo- era peligroso.

Alfredo se ocupó de la máquina para cortar el césped, una antigua cortadora de su abuelo que había sido jardinero y que a veces usaba su padre para hacer changas en el barrio. Como ellos eran cinco se turnaban para cubrir el terreno porque los desniveles y los objetos semienterrados hacían más difícil la tarea.

El papá de **Emilio**, que tenía una ferretería, les aportó el alambre para cerrar el frente, pero faltaban los postes y **Liberto** les contó que su padre era amigo de un carpintero que podría ayudarlos. Cuando le dijeron a **Ernesto** se entusiasmó y fueron los cinco a conseguirlos.

Rárami estaba en el frente de su carpintería y cuando se presentó explicó que su nombre significaba “día soleado”, ellos pensaron que era un nombre raro, pero les pareció una buena persona. Le contaron lo que necesitaban y los condujo al fondo del taller donde encontraron los postes. Vieron también

unos recortes de diarios, fijados con chinches en las paredes y que tenían fotos de personas extrañas y un artículo sobre los anarquistas en la Argentina. Le preguntaron a Rárami como hacer los agujeros en la madera para pasar los alambres y cuando él se ofreció a hacerlos, todos imaginaron el cerco terminado y vieron sonreír a Liberto, orgulloso de haber colaborado a través del amigo de su padre, al que habían visto pocas veces. Es que eran todos compañeros del sexto grado de la escuela excepto Liberto porque no asistía a clases. Su familia le enseñaba a él y a Aurora, la hermana mayor, y era sabido que había muchos libros en su casa.

Estaban terminando de emparejar el terreno cuando advirtieron que les faltaban los arcos y entonces decidieron poner los postes sin el travesaño. Para ello debían ir otra vez a lo de Rárami, entonces le pidieron a Liberto que le preguntara al papá. Al otro día les confirmó que podían ir a buscarlos a la carpintería.

Ahora el problema eran los pozos que había que cavar para fijar los postes. Por suerte, Ricardo el hermano mayor de Javier, se comprometió y en dos tardes terminó el trabajo.

Estaba todo listo y hasta consiguieron cal para delimitar la cancha. Sólo les faltaba desafiar a los de Florida, los rivales, pero estaban tranquilos porque contaban con el mejor arquero: Liberto.

Acordaron un partido en quince días en la nueva cancha, sería un sábado a las tres de la tarde. Se pusieron de acuerdo en practicar los martes y jueves por la tarde, que todos tenían libre, y los sábados a la mañana.

Les faltaban las camisetas del equipo y aunque los colores no importaban necesitaban cuatro iguales porque el arquero podría llevar cualquier remera. El jueves antes del partido Ernesto les avisó que la madre les regalaría los equipos: pantalones negros y camisetas azules. Estaban tan emocionados que esas últimas noches casi no podían dormir pensando en el

partido.

Ese sábado se juntaron en casa de Javier a las dos, todos menos Liberto que dijo que los vería en la cancha. Se cambiaron la ropa y se pusieron a patear una vieja pelota de Emilio, porque para el desafío los rivales se habían comprometido a traer una nueva.

Faltaban diez minutos para la hora pactada cuando llegaron ellos con camisetas rojas impecables y un grupo de amigos que los alentaban.

Javier preguntó por Liberto, que vivía como a diez cuadras, y nadie supo responderle. Cuando habían pasado quince minutos del horario fijado los adversarios dijeron que si no empezaban el juego se considerarían ganadores. Entonces buscaron entre sus seguidores y le pidieron a Ignacio, un primo de Javier, si podía jugar en el arco y empezaron el partido.

Los azules perdieron 3 a 1 frente a los de rojo. Ignacio se disculpaba diciendo que su puesto no era de arquero. El equipo entero maldecía a Liberto por haberlos abandonado y, cuando quedaron solos, decidieron ir todos juntos a su casa a pedirle explicaciones.

Esa tarde de otoño sin frío, pero algo ventosa, cuando doblaron la esquina vieron unos autos con varios hombres en la cuadra de Liberto. Pasaron caminando lentamente por la vereda y les pareció que allí no había nadie. Alcanzaron a distinguir papeles tirados y algunos libros en el pequeño jardín del frente. Antes de llegar a la siguiente esquina lo vieron a Don José, a quien conocían por su almacén en la avenida, y se atrevieron a preguntarle qué le había pasado a su amigo y la familia. Les contó que había escuchado ruidos a la madrugada y que al asomarse a su ventana vio como cargaban algunos muebles y libros en un camión, y que luego se fueron todos, pero él no sabía el rumbo. Le agradecieron la información y les pareció que perder a su amigo era peor que la derrota del partido. Emprendieron el regreso lentamente y en la primera cuadra Ernesto distinguió,

entre los yuyos del frente de una casa descuidada, un libro. Lo alzó y leyó el título: “La conquista del pan” - del anarquista ruso Piotr Kropotkin-, entonces todos le pidieron que lo abra y se quedaron perplejos cuando leyeron una dedicatoria fechada el día siguiente que decía “Feliz cumpleaños Alfredo” y la firma de Liberto.

El último suspiro

Alberto Carlos Prieto

Quisiera una noche
quedar en carne viva
y amanecer todo negro,
todo amarillo, todo cobrizo,
rojizo, mestizo o pardo
para sentir la cicatriz
de un gran número tatuado,
formado de interminables
pequeños números
con que algunos hombres
marcaron a otros
mientras los encerraban,
torturaban y esclavizaban,
para multiplicar su dinero
que hoy no les permite construir
una barrera infranqueable
contra el coronavirus
para que no los sofoque
y los ahogue
en el último suspiro.

La “h” de hambre no es muda

A David, Miguel, Rosa, Sergio y a los otros que están representados por sus nombres, que son también los nombres de todos.

Alberto Carlos Prieto

-diciembre de 2001 (podría ser otro mes, otro año y otros nombres)-

Hace una hora que se llevaron a David, tenía 13 años y dicen que todo fue por la comida. En la radio un especialista explica que la alimentación de un adolescente de esa edad debería aportarle unas 2.400 Kcalorías/ día, con una composición balanceada de hidratos de carbono, grasas y no menos de 25% de proteínas.

Alguien grita David pero esta vez triunfó Goliat, después dicen Ernesto, como nuestro Ernesto de América. En el lugar encuentro una mochila sucia, remendada y con sangre. Tiene un cuaderno que abro con cuidado y en la primer hoja se leen los nombres, el apellido es Moreno de 5º grado ¿será suyo? porque los 13 años y el curso parecen desparejos. La letra es prolija, hay errores de ortografía y algunas hojas tienen manchas de grasa.

Busco entre los ojos que miran los datos que faltan, una mujer joven llora y su llanto interroga -¿vio lo que pasó?- Se calma y dice que todo ocurrió frente a un supermercado de la otra cuadra, muchos corrieron al oír los disparos, también David que cayó con un impacto en la nuca y cuatro en la espalda. La suma es cinco, digo en voz baja, y pienso como podría haberse calmado su hambre atrasado o suplido las calorías que le faltaban, aunque en realidad ya no será necesario porque ahora está en la morgue de un Hospital. Es diciembre y faltan pocos días para fin de mes en Córdoba.

Llega una noticia desde Entre Ríos, es sobre Rosa Eloísa, dicen

la edad y el 13 se repite, aunque razono que por ser mujer la necesidad calórica sería menor. También fue frente a un súper pero bastó un solo proyectil en la cabeza. ¿Y el apellido? Panniagua responden y entonces pienso en su familia y en un reclamo ancestral por la comida. Cuentan que le gustaba leer y a veces escribía poemas y que, cuando cayó al suelo, hubo un clamor de voces que salían de su cuerpo recitando “a esta hora exactamente hay un niño en la calle” de Tejada Gómez, que también fue niño, tuvo hambre y pudo sobrevivir para encender con su poesía la esperanza de Rosa. El lugar es Paraná donde se acerca el fin de año.

De pronto se oyen gritos, corridas, estampidos... es en Santa Fe, el nombre es Miguel de 15 años. El nutricionista diría que la dieta para él debería ser de 2.800 Kcal. ¿Estaría seleccionando los alimentos más nutritivos o actuando con rapidez junto al tumulto cuando el plomo se interpuso en su vida? Nadie sabe, pero dicen que recibió varios disparos en el cuello. Un eco repite su apellido “Pacini” y conmueve pensar que Miguel no estará en su casa esta noche de Diciembre.

Un año después llegan noticias desde Córdoba sobre el caso de Sergio Pedernera que el año anterior, con 16 años, estaba buscando comida para su familia frente a los supermercados cuando sintió que las piernas no lo sostenían y cayó. Nunca más volvió a caminar porque el proyectil lesionó la médula.

La nota termina diciendo que hoy falleció en su cama, es Diciembre y faltan pocos días para Navidad pero esta vez él no podrá compartir la cena en la sala de internación.

P.D. Los nombres y los hechos son reales. Sus historias una licencia literaria a modo de homenaje, que igual que hambre comienza con “h”.

Marcas

Alberto Carlos Prieto

En la noche, mientras lo empujaban los que venían detrás también encadenados, todo era gritos y órdenes en palabras de un idioma que no entendía. Apenas cabían en la estrecha bodega de aquel barco, cuando entraron los últimos y zarparon. Todavía no comprendía que hacía él junto a todos esos hombres negros. A los pocos días de navegación el olor se tornó nauseabundo porque el movimiento aumentaba los vómitos, casi no comían y recibían poca agua. Una escasa luz se filtraba desde la cubierta y se hacía más intensa cuando abrían la compuerta para repartir esas raciones miserables, que incluso él devoraba con la esperanza de mantenerse vivo hasta llegar a destino. Por fin decidió decirle a un marinero que lo habían encerrado allí por error, se puso de pie y recibió un empujón y un golpe de látigo, y otro y otro más. Las heridas ardían y alguien que estaba a su lado le mostró como aliviarse lamiéndolas.

Al cabo de tres semanas despertaron en la noche con una fuerte tormenta, el viento había obligado a arriar las velas y el agua salada salpicaba todo con el oleaje. Abrieron la compuerta y varios marineros entraron, les soltaron las cadenas y los obligaban a subir a cubierta y arrojar al mar para perder peso y evitar un naufragio. Muchos se ahogaban pero él pudo nadar durante una hora y ayudado por la fuerte corriente, alcanzar la orilla donde se quedó dormido extenuado.

Despertó confundido y acostado sobre la arena bajo una sombrilla, no recordaba los detalles pero comprendió que aquello había sido una pesadilla, entonces recorrió su cuerpo con la mirada y angustiado vio que sobre la piel blanca del pecho y los hombros tenía las marcas de tres heridas lacerantes.

Percepción

Frida Schneider

Hay heridas
que gimen sin sonidos.

Hay sonidos
que trascienden las heridas.

Dios

Frida Schneider

Dios tiene palabras
escritas en los árboles
que descifro cuando atisbo
lo más noble de su madera.

Lluvia

Frida Schneider

Aprovecha la lluvia

Que se deslice danzante
por tu cara hacia el cielo.

Que te susurre al oído
los sueños que olvidaste.

Que te bese las penas
bendiciendo el camino.

Que te sacie la sed
de un abrazo infinito.

Y te lleve despacio
al lugar del arco iris.

Escribo

Frida Schneider

Papeles singulares
evocan un diluvio de palabras.

Algún poeta canta
desde el paisaje azul
que lo contempla.

La tarde se adormece
entre las flores.

Mi piel se estremece y se expande.

Respiro la metáfora

en la aguda profundidad de mi existencia.

Maduro la palabra,
me apropio de su esencia.
Abro los ojos del corazón.

Escribo...
en cierta soledad
y muda complacencia.

Camino

Frida Schneider

Buscaré
el borde más poético
de mis días
para comprender que el sol
sigue intacto
abrazado a mi cintura.

Buscaré
el silencio más fecundo
de mi alma
para intuir que existe
cierta extraña oscuridad
que me lleva por sí misma
a la luz que me libera.

Cacería

Carlos Manuel Vicente

– Por nada del mundo debemos separarnos. ¿Entendido?

Había dicho el Coronel mirándonos con ojos aterradores antes de partir a la cacería por el bosque. Hacía tres semanas que la bestia asolaba el pueblo, comenzando por el ganado, para seguir con cuatro vecinos. Pisadas felinas del tamaño de un elefante, olor acre donde había estado, una silueta peluda similar a un gran simio y el rugido de diez leones, eran la descripción de nuestra presa. Nadie la había podido ver con claridad o al menos nadie que sobreviviera.

Recordé las palabras del Coronel como un martillo repicando en mis sesos. Cuando salimos al caer el sol, sentía la confianza de poder acabar con la amenaza para la gente. Seguridad que se deshizo cuando cometí un error. Me había perdido. Ahora caminaba solo, con precaución, en medio de la oscuridad tan solo cortada por los haces lunares, sin saber si era el cazador o el objetivo. Avanzaba con el fusil cargado pero con la confianza minada de poder derrotar al animal si se me atravesaba. Las horas de caminata comenzaban a percibirse en los pies y estaba convencido que no se debía tanto al esfuerzo físico sino al miedo. El cura del pueblo fue encontrado sin cabeza y con una extremidad superior arrancado del tronco. Luisa, la dueña de la casa de ramos generales de la aldea, fue eviscerada por las garras de la bestia. De Antonio, el viejo sepulturero, sólo quedaron una pierna y una mano, junto a la última tumba que cavó en su vida. La cuarta víctima había sido Camilo, un jovencito agricultor, que por montar guardia en su corral de ovejas, terminó sin rostro y sin un miembro inferior.

Lo que nos acechaba no parecía de este mundo. No estábamos seguros si atacaba por apetito, como creímos cuando devoraba los borregos y potrillos, o si se trataba de algo maligno, que mataba por placer, como parecía cuando destruyó a los humanos. Tres semanas, donde la noche había quedado bajo su completo dominio. Al caer el sol, las personas corrían con urgencia buscando resguardo.

Y allí andaba. Solo, en el bosque de algarrobos y quebrachos, tratando de convencerme de que sería valiente, de que la suerte y mi dios me ayudarían a regresar o a encontrar a mi grupo, o al menos, a atravesar la noche. Escuchaba mis pasos, cautelosos pero audibles a mi mente en alerta. Por más que intentaba ser sigiloso, tenía la sensación de hacer demasiado ruido. Las ramas y hojas en el suelo volvían imposible la tarea. Aguzaba mi oído tratando de encontrar un indicio de mis camaradas o de alguna señal de peligro. ¿Qué haría si resonaba el rugido feroz del animal? La sola idea me ponía los pelos de punta. Mi corazón latía fuerte implorando por el deseo de que no ocurriera lo que acababa de pensar.

Tuve la certeza de que ya habían pasado varias horas de la medianoche, cuando al llegar a un claro entre los árboles, pude ver el cielo colmado por la luna resplandeciente. Su luz plateada cubría los arbustos, las copas de los montes y el pasto del espacio. Respiré profundo el aire húmedo, cerrando mis ojos por un momento, sintiendo que mi corazón encontraba cierta paz. Al volver a mirar, recorrí el lugar en todas direcciones con la vista, buscando una indicación que me dijera por donde seguir. Las sombras igualaban todo, haciendo imposible determinar un norte, y la elevación de los árboles ocultaban a las Sierras que me hubieran permitido orientarme. Decidí treparme a uno de los algarrobos más altos para intentar distinguirlas. Cuando me puse en movimiento, el crujido de una rama quebrándose me volvió a arrebatar la tranquilidad. Volteé y lo vi.

Un disparo resonó profundo en la penumbra. Las aves volaron despavoridas de sus escondites nocturnos, los roedores del bosque huyeron haciendo sonar los matorrales y la silueta del monstruo peludo, se desplazó en dirección opuesta al sitio donde quedé estupefacto.

– ¡Mario! – gritó una voz masculina. – ¿Sos vos? –agregó.

– ¡Sí! ¡¿Gabriel?! Me perdí en el recodo del arroyo. –expliqué mientras me acercaba hacia la figura del muchacho.

– ¡Hace horas que te buscamos, carajo! ¡Creímos que la bestia...!

En vez de terminar la oración, estalló en un grito de dolor que cruzó

la oscuridad y después calló para siempre. Pasmado, detuve mis pasos y vi la silueta aterradora erguirse con esos ojos verdosos endemoniados. Pude sentir como desgarraba la carne humana. Escuché sus dientes masticar los trozos y su garganta deglutirlos. El pestilente olor comenzó a invadirme, cuando la mirada de la bestia se posó fija en mí. Sentía sus movimientos pausados, las patas comenzar a andar, mientras exhalaba bocanadas de aire. Venía a buscarme.

Inexperto en las armas, apunté y jalé del gatillo. La detonación iluminó las tinieblas por un instante, donde pude ver al enorme bulto amarronado correr con las fauces abiertas de par en par. No supe si fallé el disparo. Cargué de nuevo y volví a disparar. Vi el proyectil fulgurante viajando hacia el centro del animal que no se detuvo. Disparé una vez más y la bala se elevó demasiado. Intenté otro tiro pero el fusil se trabó. Rugía el monstruo a escasos metros de mi posición. Tironeé desesperado con ambas manos, tratando de destrabar el arma pero fue inútil. Aterrado, se la arrojé a esa alimaña cerdosa e iracunda que se me abalanzaba. Con un movimiento de sus extremidades delanteras detuvo el proyectil, y tras un brinco, abrazó mi humanidad. Sentí sus garras hundírseme en las costillas, el aliento hediondo directo en la cara, y vi sus ojos bellos, letales, hasta que sus colmillos me arrancaron parte del cuello.

Luego de la oscuridad, vino la luz. Alguien me hablaba.

– ¡Despertá! ¡Mario! –insistía.

– ¿Qué pasó? –intentaba espabilarme.

–Te viene a buscar el Coronel. –la voz era de mi hermana menor.

– ¿Qué ocurre? –dije incorporándome.

– Encontraron a Camilo despedazado. Se quedó anoche vigilando las ovejas para que no se las coma el monstruo. ¡Levantate! El Coronel quiere salir a cazarlo. Habrá luna llena. –explicó con una mirada que me heló la sangre.

El último gol de su vida

Carlos Manuel Vicente

Celestino Madariaga era un gambeteador de pura cepa. Poseedor de una habilidad natural para el regate, que le había permitido elaborar durante años, las jugadas mas divertidas y complicadas que la hinchada del Club Huracán hubiera visto hasta su aparición. Celestino era un muchacho de talla pequeña, de baja altura y delgado. Tenía el cabello rizado, en forma de una maraña de rulos que se movían al viento mientras corría con el balón dominado en sus pies. Siempre sonreía el habilidoso delantero y mostraba picardía en sus ojos redonditos y saltones. Ningún club importante de la Argentina lo hubiera reclutado entre sus filas por su apariencia, pues no parecía un futbolista. Y a decir verdad, en la cancha, tampoco parecía un jugador, sino mas bien un titiritero o un payaso, que cumplía su cometido entreteniendo a los hinchas con los malabares y maravillas que hacía con la pelota. Sus compañeros lo habían apodado “gambetita”, en honor a Diego Fernando Latorre, el jugador de Boca Juniors que en los años 90 gambeteando a rivales y compañeros, se ganó ese mote que le propinó el gran relator radial de América, Víctor Hugo Morales. Pero sólo la palabra “gambetita” le caía como anillo al dedo a Madariaga, ya que fuera de esa cualidad futbolística, no tenía ningún parecido con el ex delantero xeneize. Sus amigos se mofaban de los rivales, cada vez que Celestino anotaba un gol o servía alguno gracias a los prodigios de su pie derecho, gritando en los tablones:

– ¡Este es el verdadero gambetita! ¡Agárrenlo si pueden!

La realidad marcaba que a “Gambetita” Madariaga, no lo podían atrapar. Se escurría entre los rivales pasando la pelota de un pie a otro, amagando ir a la derecha y saliendo hacia el lado opuesto o realizando un recorte inesperado para dejar a contrapierna a su marcador. Él se escapaba. Se fugaba por la banda, por el centro del campo, por donde fuera que hubiera una escapatoria a las duras marcas de la Liga local, él huía. Como un ladrón, desaparecía de la escena y el botín que

se llevaba era la número cinco. Los rivales, lo criticaban. Los opinólogos del fútbol también. El argumento para la crítica se centraba en que Celestino no soltaba la pelota nunca. En pocas palabras, lo tildaban de morfón.

– ¡Ese pibe será muy gambeteador pero juega solo! El fútbol es un deporte de equipo. Ese muchacho es pura cáscara nomas. –decían quienes no lo querían pero que bien les hubiera gustado tenerlo en su equipo.

Criticado o no, Celestino Madariaga se divertía a lo grande en cada partido. Sus hazañas se equiparaban con disparates. Bien conocida fue aquella vez, en que tomó el balón en mitad de cancha. Con un giro repentino, llevándose la bola por detrás de una pierna, se fugó de la marca. Justo en su camino se cruzó el siempre mal ubicado árbitro, por lo que no le quedó más remedio que tirarle un caño para no chocárselo de lleno. Tras zafar del referí, se desvió un poco de su trayectoria y terminó un tanto encerrado contra la línea de cal y un zaguero que le salía desesperado a atorarlo. Punteó la pelota “gambetita”, tirándola larga y corriendo por fuera de la cancha para volverla a alcanzar. Pero tuvo la mala fortuna de que en el momento en que retomaba contacto con el esférico, un policía se metía en el campo de juego, en busca de su perro entrenado, que se le había birlado un instante antes. El perro, adiestrado pero aparentemente juguetero, intento arrebatarle la pelota a Celestino.

– ¡Fueeeera perro! – gritó el hábil delantero mientras se llevaba la pelota punteándola una vez más y el can tiraba un tarascón al aire un milisegundo después de que ésta desapareciera de su alcance.

La hazaña no culminó ahí. Detrás del pichicho policía, venía el uniformado a su cargo. El policía, de condición física inversamente proporcional al adiestramiento del animal, en el instante en que Madariaga gambeteaba el obstáculo vivo, se tropezó y dio una rodada delante el futbolista en acción. Pero si no había defensor capaz de frenar a “gambetita”, tampoco había imprevisto ni percance que pudiera ha-

cerlo. Cuando el policía giraba caído con su prominente barriga por la gramilla rala de la cancha, obstaculizando la jugada, Celestino apretó la bola entre sus pies, dio un saltito de rana sin soltarla, y cayó detrás del oficial que ni siquiera lo vio pasar por encima. La jugada no terminó en gol ni en peligro para el arco rival pero la poca gente que miraba el partido en las tribunas aquella tarde, se despanzurró de risa buen rato, ante la ridícula imagen del agente policial y aplaudió fervorosamente a Madariaga, que agradeció la ovación levantando la mano y matándose de risa también.

Gambeta tras gambeta, Madariaga se hizo cada vez más querido por los hinchas de su club. No solía convertir muchos goles pero los pocos que hacía por campeonato eran espectaculares y además siempre aportaba una cantidad enorme de asistencias para sus compañeros, que se lo agradecían siempre riéndose de las travesuras del petiso ruludo. Pero fue una tarde, que Celestino convirtió un gol que dejó a todos impactados. El atrevido y pícaro delantero de Huracán, empleando la magia de sus pies y su prodigiosa cintura, elaboró una jugada de una belleza sin igual. Sorprendió hasta a los más acostumbrados a sus fintas y regates, con su brillante creación futbolística. Además, la culminación de su obra descolocó a todos los concurrentes a la cancha aquella tarde. Huracán, disputaba un partido de la séptima fecha del campeonato. El equipo, siempre animador del torneo de la liga de la ciudad pero que nunca alcanzaba a campeón, marchaba en un expectante tercer puesto a 7 puntos del líder del certamen. El encuentro se disputaba contra el Club Los Álamos, originario de un barrio alejado del centro. Transcurrían 30 minutos del segundo tiempo y resultado era favorable al local, Huracán, por 3 tantos contra 1. “Gambetita”, era la figura fiel a su costumbre, habiendo dado dos pase gol, y brindado un infinito repertorio de tacos, enganches, pases entre líneas y otros malabares. Fue entonces que sucedió, el impactante acontecimiento futbolístico. Celestino recibió la pelota unos escasos metros atrás de la línea del medio campo. El balón que venía dando saltitos en la polvorienta y poceada cancha,

quedó prisionero bajo la suela del sutil pie de derecho de Madariaga. Levantó la cabeza un instante el delantero pero inmediatamente se decidió a ejecutar lo que más sabía. Se encorvó como de costumbre, posando su mirada sobre la pelota como si observara de reojo a su alrededor sin importancia. De inmediato, todos en la cancha supieron que comenzaba una las habituales apiladas del regateador. Los hinchas, conocían muy bien la pose. El tipo tomaba la bola, se olvidaba de los compañeros, del técnico, de todo lo que lo rodeaba, a excepción de los rivales a quienes se disponía a dejar por el camino como si fueran los conitos que se colocan en los entrenamientos. Sus compañeros de equipo, también comprendían a la perfección el ritual. Entendían que cuando su delantero estrella comenzaba su obra de la gambeta, difícilmente soltaría el balón hasta el último momento, cuando alguno de ellos estuviera en clara posición de gol. Antes, no lo haría. Seguiría regateando, haciendo recortes y engancho, como si necesitara saciar una necesidad interna de demostrar que podía pasarlos a todos si él quisiera.

Y se lanzó a la carrera Celestino. Superó a los dos volantes centrales de Los Álamos con facilidad pasando de un pie a otro el balón. Tras dejarlos en el camino, se desvió hacia la derecha del ataque de su equipo. Al cruce le salió el mediocampista izquierdo de la visita. Celestino frenó de golpe. Pisó la pelota con la suela derecha trayéndola hacia atrás, haciendo que el rival siguiera de largo mirando vaya saber que cosa en el horizonte de la cancha. Sin respiro, “gambetita” adelantó nuevamente el esférico y se dispuso a encarar a los defensas, que a esa altura de la tarde ya tenían la garganta roja de tanto gritarse entre ellos, que había que parar a Madariaga. El primero que le salió al cruce fue el número 6. El jovencito zaguero, escatimó en sutilezas y se tiró con los dos pies hacia delante con los tapones de punta. Para “gambetita”, no había cosa mas fácil que eludir a un marcador desesperado. Levantó suavemente la redonda con la punta de su pie hábil, y la arrojó en un sombrero bajito por sobre el defensor. Con un pequeño brinco, dejó atrás la doble patada y se adentró en el área contraria. Para entonces, la hinchada ya venía acompañando cada so-

brepaso del delantero con sus voces:

– ¡Oooooooooolee! ¡Oooooooooolee! ¡Oooooooooolee! –exclamaban con regocijo los locales.

El técnico de Huracán, que siempre renegaba de las apiladas de Madariaga pero que terminaba aplaudiéndolo cuando las culminaba con éxito, se tomaba la cabeza ampulosamente. Como cada vez que Celestino ensayaba su habilidad, le gritaba desesperado:

– ¡Largalaaaaaa! ¡Largalaaaaaa! –despotricaba el entrenador con la cara colorada.

La escena era repetida. “Gambetita” eludiendo contrincantes, el técnico como loco gritándole desde la banca que suelte la pelota. Si la jugada terminaba mal, el entrenador lo insultaba de arriba abajo diciéndole inútilmente que se deje de joder. Si la jugada terminaba bien, el técnico lo aplaudía y se daba vuelta para decirle al que tuviera cerca que el había tenido razón en decirle a Celestino que siguiera encarando. El que nunca cambiaba su rol en la pequeña obra, era el brillante jugador, que siempre terminaba con una sonrisa de oreja a oreja, ya sea que todo culminara en gol de su equipo o en una pérdida de la posesión de la pelota. Pero aquella vez, todo concluiría de forma diferente.

Cuando Madariaga se metió en el área grande de los visitantes, sólo quedaban entre él y el arco, un defensor y el arquero. El líbero del equipo de Los Álamos, esperó lo más que pudo antes de lanzarse a los pies de Celestino para detenerlo. El guardavalla, viendo la inútil resistencia de su equipo ante el avance de “gambetita”, rápidamente comenzó a salir para atorarlo en caso de ser necesario. Fue entonces, que el genio futbolístico de Celestino se hizo presente en su máximo esplendor. Ante el achique del último defensa, levantó la pelota apretándola con uno de sus pies contra el otro, realizando una bicicleta tan perfecta como preciosa. El atónito marcador, se quedó parado cual maniquí en vidriera, mientras la bocha pasaba por encima de su cabeza y Madariaga por el costado. El arquero, quien ya se encontraba alerta, salió disparado al encuentro del delantero rival que se

aproximaba en soledad imprevista. Pero algo escapó a los cálculos de “Gambetita”. El esférico al caer tras sortear por encima al último defensor, se elevó demasiado antes de que Celestino pudiera tomar contacto nuevamente. Y el guardameta, aprovechando el pique alto, ganó tiempo para achicar. No le quedó más alternativa que cabecear la pelota para eludir la oposición del custodio del arco. Cabeceó el balón antes de que el rival se abalanzara sobre él con los puños. El fútbol, birló la resistencia del guardavalla y se dirigió picando cada vez más bajito hacia el fondo del arco. Celestino nunca vio éste gol.

Se despertó “Gambetita” una mañana. El sol ingresaba por una ventana y prácticamente lo cegaba. Mientras se despabilaba de lo que parecía un largo sueño, advirtió que se le acercaba alguien.

– ¡Gambeta! ¡Te despertaste hermano! ¡Por fin! –le habló sonriente uno de sus compañeros de equipo, el “Flaco” González.

– ¿Dónde estoy? –preguntó Celestino todavía aturdido.

– ¡En el Hospital Gambeta! ¿No te acordás de nada? –interrogó con tono de preocupación el “Flaco”.

Madariaga pensó un momento, lo miró a González y con cierta duda de si lo que recordaba era realidad o un sueño le dijo:

–Me acuerdo que quedé con el arquero. Y.... ¿se la cabeceé?

– ¡Si Gambetita! ¡Si! ¡Se la cabeceaste! ¡Que jugada que hiciste hermano! –le contesto el “Flaco” sin disimular alegría por ver que su compañero estaba bien.

– ¿Fue gol? ¿Qué me pasó? No me acuerdo nada más.

– ¿Qué si fue gol? ¡Fue un golazo Gambeta! Pero cuando se la cabeceaste al arquero, el animal ése te metió los dos puños en la sien. Se

la adelantaste justo cuando el infeliz te la quiso sacar. —explicó entusiasmado González pero a la vez todavía enojado con el guarda-valla. —¡Te dejó knock-out gambeta! ¡Estuviste inconsciente dos días hermano! ¡Que suerte que despertaste! El doctor, que estaba en la cancha ese día, dijo que te ibas a poner bien. Que había que esperar nomas. ¡Y dijo, que podría haber sido el último gol de tu vida!

El velocista de negro

Carlos Manuel Vicente

Mucha gente se congrega en la Plaza Sarmiento, en todas las estaciones, a practicar deporte, disfrutar del aire libre, o para regocijar la vista. Los visitantes hacen ejercicios aeróbicos, saltan la piola, andan en bicicleta, toman mate sentados en el pasto, pasean el perro, o tan sólo se dedican a charlar, mirando a los demás pasar. Sin embargo, sí existen sujetos que frecuentan el lugar, que requieren de especial atención, ellos son los caminantes. Éstas personas, tienen rasgos en común que las diferencian, de cualquier otro protagonista de la vida cotidiana del espacio verde. La característica obvia compartida, es el placer por caminar, pero en este caso, la caminata se lleva a cabo repitiendo el mismo recorrido en una infinidad de veces. Esta condición, obligada por la situación geográfica de la explanada que cuenta tan sólo con una hectárea de superficie, hace que no cualquier ser humano se decida a desandar sus pasos por las amplias veredas.

Los racionalistas del barrio, se reúnen implacables a criticar la actividad repetitiva. Señalan que toda repetición presentada en la naturaleza, conlleva la elaboración de una ley, y en el caso de los andariegos de la plaza, la máxima surgida es: “Caminar en círculos, no es de gente normal”. También los filósofos de la vecindad, han debatido sobre la actitud de los caminantes. Por supuesto desde otra perspectiva más amplia, pero no menos interesante, ellos cuestionan la finali-

dad de la acción realizada. Las preguntas que surgen en éstos círculos teleológicos, objetan si de verdad existe placer en emplear una hora de la vida en dar vueltas sobre un mismo eje. Además, agregan considerando que tal eje es el busto de un prócer, la actividad carece entonces de cualquier fin gozoso. Pero lo que más intriga, es el hecho de que todos los individuos siempre caminan en el mismo sentido, acompañando el tránsito vehicular, en forma opuesta a como giran las manecillas de un reloj. En este punto, el debate se torna intenso entre los versados, ya que los simplistas auguran que la actitud responde a esa conducta de la sociedad actual, de seguir lo que hace la mayoría. “Si un tipo llega a la plaza, y todos los que están van para la derecha, lo que hará es seguir para aquel lado” explican sin complicaciones. Otros dicen, que tal fenómeno no debe ser tan simple, porque al hacer una breve encuesta entre los vecinos, casi la totalidad señaló no haber visto nunca a nadie caminar en el sentido horario. Una antigua propietaria, fue la única en manifestar que la última y única vez, que observó a un sujeto enfrentando el caminar de la mayoría de las personas, fue en 1970. La vieja narró: “Se supo al tiempo, que el “andarín contrera”, como lo bautizó la gente, fue en cana por intentar un levantamiento armado el solo”.

Los alquimistas de la villa, siempre se han interesado en echar leña al fuego en esta discusión. Auguran que tanto racionalistas como filósofos están equivocados. Para ellos, existe una fuerza cósmica sobrenatural en el lugar, responsable de todos los eventos que allí ocurren. En otras palabras, nada de lo que pasa en Plaza Sarmiento es consecuencia de algo azaroso, sino que tiene una lógica inentendible para los mortales. El caso de los caminantes está dentro de estos parámetros, y debe existir una razón mágica que motiva a los sujetos, a echar sus pasos en el sentido y dirección que lo hacen. Alguno de estos personajes esotéricos, se atreve a decir que la clave está en las energías. Explican que ellas se confabulan, y la manera en que se transforman y se expanden, dan origen a todos los eventos, ya que la plaza recicla la descarga energética de los andarines, y echa a andar sus misterios cósmicos. Dice un reconocido taumaturgo, experto en

energías espacio temporales y empleado de la cooperativa eléctrica: “Imaginen toda esa estática emocional producida por miles de personas que pasan por esas veredas durante el año. Familias, amigos, equipos de futbol, de hándbol, de vóley, de rugby. Todo eso, tiene que generar un desequilibrio energético cosmológico, que tiene que ser el responsable del portal, de las pérgolas clarividentes y de que los fulanos caminen para el mismo lado”.

Jamás han alcanzado a ponerse de acuerdo, los alquimistas, filósofos y racionalistas. Lo cierto es que los vecinos e incluso personas de barrios aledaños, continúan eligiendo la plaza como lugar de esparcimiento y práctica deportiva. Algunos son conscientes de las historias que circulan sobre el lugar pero la mayoría las desconoce o prefiere pasarlas por alto. Existe una leyenda, que algunos vecinos todavía recuerdan cuando ven trotar a alguien muy temprano en las mañanas, antes que asome el sol. La misma se conoce como el misterio del velocista de negro. Los frentistas a la plaza, notaron cierta madrugada invernal, un hombre que trotaba con entusiasmo en el sentido anti-horario. La atención se posó sobre él, puesto que parecía una sombra, porque llevaba toda la vestimenta de negro. Zapatillas, pantalón y camperita con capucha que le cubría la cabeza, todo sin un solo detalle de color. A la altura de su frente, sobresalía la visera de una gorra, la cual también era oscura.

Algunos caminantes tempraneros, escucharon el rumor y empezaron a adelantar su horario para ver si lo cruzaban. Dieron con el sujeto, que trotaba como si fuera un profesional por su andar incansable, pero nunca podían adivinarle la identidad, y si intentaban hablarle nunca contestaba. Los curiosos y afines al chismerío, se hicieron eco del misterio y empezaron a especular, fieles a sus convicciones para armarles historias a los vecinos. Arriesgaban que la sombra corredora era fulano, mengano o zutano, pero ninguno tenía prueba efectiva. Crecía la incertidumbre pero el tipo ya llevaba más de tres meses corriendo todos los días, alrededor de la plaza. La primavera estaba empezando y junto con ella los días se alargaban pero él continuaba todas las mañanas apareciendo. Al parecer, prefería la hora del

crepúsculo y su figura se confundía con las sombras que empezaban a proyectarse con el cercano amanecer. Cuando el sol aparecía tímido por encima de las sierras para alumbrar el valle, de pronto se esfumaba, sin que nadie se percatara. Muchos intentaron seguirle el paso, pero se hacía imposible para cualquiera. Se notaba incluso, según el testimonio del placero, que el misterioso al trote, había mejorado su condición física con los meses. Hasta la policía intentó detenerlo una mañana, para averiguar quién era, pero se escapó corriendo en forma inalcanzable.

Después de cinco meses, una mañana el atleta sombrío no apareció por la plaza. De hecho, ya no volvieron a verle la silueta. Esto hizo mayor el enigma, ya que no habían podido averiguar su identidad. Unos diez días después de la desaparición, una noticia increíble llegaba en un diario de la ciudad capital. Un maratonista de la villa, había resultado ganador de la prueba de 42 km en Santiago de Chile. El asombro cayó como un balde de agua helada entre los vecinos del barrio Jardín, porque el corredor era Natalio Lapere, quien residía a media cuadra de la Plaza Sarmiento. Era un hombre de unos cuarenta años, soltero y sin hijos, que vivía en la casa que había heredado de sus padres y tenía una farmacia a pocas cuadras de la explanada.

Una multitud se dirigió a su negocio para saludarlo, deduciendo que la sombra que había recorrido la plaza todas aquellas madrugadas, había sido él entrenándose sin levantar la perdiz sobre su objetivo. La única empleada de la Farmacia Lapere, señaló con una sonrisa estupefacta, que Natalio no había regresado, y que ella tampoco tenía idea que se había convertido en deportista, “Me dijo que se ausentaría unos días, por unos negocios” intentaba explicar la señorita.

El velocista de negro nunca regresó y pasó a formar parte de la cosmología circunscripta a la Plaza Sarmiento. Lo esperaron varios días para agasajarlo. Buscaron la forma de contactarlo, pero fue en vano. Ni sus escasos amigos, ni la poca familia, sabían de su preparación para correr y menos aún su paradero. Al final, los vecinos se cansaron de la espera y con el tiempo olvidaron el logro del hijo del barrio. Alguno refunfuñaba de la posibilidad de estrechar la mano de un

campeón o de alardear con poseer uno, entre las filas de la vecindad. Las sombras cubrieron la historia y el olvido se encargó de que Natalio no fuera un héroe, sino apenas una especulación sin comprobación. Jamás se pudo confirmar que él fue aquella silueta en los crepúsculos, más allá que todos estaban convencidos de que lo era. Mucho menos se podía comprender, las razones para semejante proeza, sin siquiera volver para recibir el afecto conseguido en los suyos.

Tal vez la historia de Natalio resume lo que es el éxito. Quizás los mayores logros personales, requieren de un esfuerzo anónimo y de una preparación constante pero invisible a los demás. Es probable que todo aquello que soñamos, que anhelamos alcanzar, no sea de la misma importancia para los otros mortales, y a lo mejor la meta no es lo que da sentido, sino el camino recorrido. Suelen necesitarse retos incomprensibles al pensamiento mundano y superarlos significa tener valentía y coraje, aun cuando nadie pueda verlo. También puede ocurrir, que el alcance de un objetivo, sea el final de una historia, y la necesidad de renovarlo para seguir adelante. No se sabe que fue de Lapere hasta el día de hoy pero tal vez ya no tuviera otras metas y se desvaneció entre los aplausos y abrazos, tras la llegada en la Maratón de Santiago de Chile. O quizás, encontró otros desafíos todavía mayores por disputar y anda por allí en alguna plaza misteriosa en algún lugar lejano, trotando en las madrugadas, buscando superarse.

San Antonio de los Cobres, 28 de enero de 2019

Liliana Cardelli

Hola Dani,

¿A vos te cuesta escribir cartas? Bueno, a mí más. Hace tantos años que no recibía una y ahora aquí, tratando de contestar. Si me quisiste sorprender, ¡logrado! Ni idea cómo te ingeniaste para estar, de ese modo, en la Hostería de Tilcara. Capaz no más que Correo Argentino sea un gran conspirador y sepa dejar, entre las almohadas, el sobre lleno de sellos con tu letra infantil apretada y chiquita. Demoré en abrirlo. Solo a vos se te puede ocurrir mandarme un chocolate envuelto en palabras. Te cuento que mi mirada está deslumbrada con esta paleta de colores que es el NOA. No te estoy haciendo caso, ninguna foto. Que quede adentro lo que quepa o lo que el recuerdo, cuando necesite, pueda desenterrar. Por ahora, todo lo que busco y me fascina está aquí y lo disfruto. O casi todo, porque vos no estás...

Hoy me arden los ojos y la piel me duele de tan seca. Me extendí infinito en las Salinas Grandes. Escapé de turistas y de griteríos y anduve, como nos gusta, en recovecos por los que pocos se animan. Anduve con vos y con tu carta, para que el sol y la sal me limpiaran un poco la bronca de tu ausencia. Ahora, en San Antonio de los Cobres, con un viento frío gélido para ser enero.

Es muy de noche, te vuelvo a leer. Sinceramente, sin ganas de escribir y, menos, sobre parajes y caminos que tanto planificamos compartir. Sí necesito decirte otra vez, ahora forzosamente con letras, que sigo sin entender por qué a último momento decidiste no viajar. Mentira que respeto tus argumentos, que me pongo en tu lugar y que todo está bien. Me parece otro capricho tuyo o, peor, un modo más de poner más kilómetros entre nosotros. Vos sabrás qué te pasa porque yo, te repito, no sé nada y quizá me esté cansando... Como no pienso envolver dulces con esta carta te mando toda mi amargura. Vos verás que hacer con ella. De mi parte, la sacudiré de a poco siguiendo "la 40" y dejando que me siga.

Mañana paso por la estafeta. Cuando te llegue mi respuesta, que tal vez no te responda nada, andaré más lejos. Quisiera mandarte un abrazo, recibí lo que puedas. Yo te extraño.

Marce

De presagios y de llaves

Liliana Cardelli

31 de julio de 2017

Clara

Apoyada en el ventanal, Clara sonrío. El hijo juega en el patio. El sol brilla generoso y cálido. Bruno regresa en minutos, con su abrazo bueno. Como todos los mediodías, la vida le parece un bello mantel extendido. Un mantel que invita al encuentro.

Sonriendo todavía acude al llamado del timbre. Seguro que Bruno otra vez olvidó las llaves. Pero no hay nadie detrás de la puerta. Clara no se sorprende. Los niños del barrio desde hace un tiempo andan con esas bromas. Un par de pasos apenas y la situación se repite. *“Tal vez sea necesario hablar con los chicos”*, piensa desde el recuerdo de la propia infancia. El timbre suena por tercera vez. Clara abre la puerta tratando de apresar con la mirada a los traviesos vecinos. Previsible, ¡todos se han escondido! *“Los pequeños son terribles”* murmura mientras regresa a su mundo de tibiezas y de esperas.

El hijo sigue con sus juegos. Bruno ya está cerca. De tanto en tanto, los mandalas danzan en la brisa suave. A Clara le gustan esos bailes de colores y de sonidos. Parecen movimientos apenas perceptibles en el

lago de la vida. “*Los pequeños son terribles*”, susurra mientras entorna los ojos. “*Los pequeños son terribles*” repite.

Bruscamente, irrumpe una inquietud de rayo. Es un presagio lúgubre y triste. “*Los pequeños son terribles... si es que son ellos los que molestan*”. Con torpeza, Clara se aleja del niño y camina hacia la esquina. No busca revoltosos chiquilines. Asustada, va detrás de un viento tenebroso.

A medida que se aleja, Clara siente en los labios la herida del hielo. Desde lejos ve llegar a todos sus fantasmas. Esos que sepultó hace tiempo. Ahora vienen hacia ella, en un desfile cruel. Desolada, corre mientras a borbotones le brota la profunda orfandad de su historia. Unas garras duras la atrapan por instantes.

Y, como en esa primera tarde en la que murió la ternura, Clara oscurece.

Bruno

Bruno deambula por la ciudad. Los cielos de julio se le hacen muy hondos y lejanos. Desde hace tiempo no puede sostener la mirada de su compañera. El hijo tan esperado, ese que soñó como puente, ahora es abismo. Todo en él se resiste a volver.

Con frecuencia lo visita la culpa. Clara es como su nombre, transparente y luminosa. Él, en cambio, se ha hecho sombra y coraza. Pero también, con frecuencia, se hunde en el fastidio. En esos momentos tiene la certeza de estar preso en una telaraña sórdida. Se repite que es muy hábil Clara, esa mujer infantil que juega a las escondidas cuando él llama a la puerta de la verdad. Indudablemente, Clara prefiere no ver.

Bruno sigue cabizbajo. Las veredas conocen sus andares silentes. Envuelto en los ruidos de la calle se siente menos duro y hasta un poco protegido del tedio y de la locura. Está muy solo desde que dejó

marchar al niño que supo habitarlo. Con las manos en los bolsillos busca mecánicamente las llaves de su casa. Las mira fijamente. Hoy le parece que todo habla. Las veredas, los ruidos, el niño, las llaves...

Todo habla y él calla. “*Tonto*”, le dice la voz que brota desde las baldosas. Bruno se inclina para escuchar. Pero un rayo lo sacude, le pone en los labios las palabras del adiós y lo lleva hasta la esquina de su casa.

Con la libertad recién estrenada, camina unos pocos metros. De la nada, surge una desconocida que trastabilla en sus brazos. “*Pobre, quién sabe de qué demonios anda huyendo*”, se compadece por unos segundos. Desde un débil asomo de dulzura le pregunta qué necesita. La mujer no lo escucha y, a tientas, sigue su delirio.

Bruno abre la puerta y, como todos los mediodías, alza la voz en un grito. “*Clara, te estoy esperando... ¡Basta de jugar!*”. Pero esta vez, el eco le devuelve sus palabras y un hondo silencio. Bruno respira aliviado.

El desamor,
como una corriente salvaje,
deshilvana sus vidas...

Hoja de roble

Liliana Cardelli

Está surcada por raíces que suben su geografía y se abren
desparramando memorias de dioses, de druidas, de tinajas.
Tal vez, por cuidarlas, elija ese contorno ondulante
un poco caricia, un poco estrella.
La he visto beber aire y sol desde pequeña.
También la escuché conversar con la madera
historias de tanino, de cunas, de aceites, de fuego.
Supe que le gusta oler a brebajes añejos,
esos que duermen doncellas y que amansan dragones.
Y admiré su modo de amparar el espacio para regalar sombra.
Después, cuando llegó el tiempo,
muy despacio, dejó el verde y amarilleó
hasta conocer naranjas, rojos, marrones...
Ese día, algún destello de otoño me andaba deslumbrando.
Para ella, el instante fue soltarse, caer, seguir viviendo.
Hay que ser muy hoja para saber de roble.
Hay que ser muy tierra para abrazar la hoja.

Deshilvanando

Alejandra Virzi

Anda y desanda
va hilando la nada,
dónde nadie la ve
lava esa hiel.
Hiena de día
va sin edad, sin halo, sin alas
hada de vanos dones.
Desanda ida, se enloda
Se va deshilvanado,
andando
sin sed, sin Dios, sin sol
Sanando.

Nada

Alejandra Virzi

Nada espero de la mentira.
De la ironía capciosa, de los abrazos laxos
del saludo disperso
ni la longevidad del vocablo.

Nada quiero de lo superfluo.
Del aplauso sin alegría,
de la sonrisa hipócrita.
... De las sombras.

No busco nada en el nadaísmo.
En la palabra sin respeto;
en la presencia sin la intención;
el asistencialismo sin el amor.
... En la limosna.

Prefiero, mejor
de la nada, la nada misma.
De la verdad el silencio preciso,
De la empatía, el abrazo sincero.
Y de los Nada ... Mejor,
de ellos, nada quiero.

Recuerdos

Alejandra Virzi

Es difícil, sostener recuerdos con el tiempo.
Salió el sol esta tarde. Hace una semana que no se le ve ni la pelusa, como decía mi padre. Hace siete días que no camino este parque, solo lo miro y lo miro. Es que se humedecen los zapatos y si me ven las enfermeras, dicen que me voy a enfermar.
En estos días llenos de mañanas tardías y atardeceres tempraneros, he recordado partes de mi vida que creí olvidadas y entiendo, sólo quedaron tapadas con algún que otro viejo recuerdo.
Tengo todo el tiempo para pensar en esta galería, recuerdos que son difíciles de sostener. Siento que ellos han envejecido, como mi cuerpo. Hasta los colores en ellos, no son los mismos. Jugar con mi nostalgia, como jugaba cuando niña después de

días de lluvia de verano en los charcos del parque de la casa con Pepe y Roberto, mis hermanos mayores. Mi madre, una mujer firme y silenciosa, amaba los quehaceres de la casa, apenas paraba la lluvia, nos abría la puerta y nos decía: “hasta la seis y a bañarse” . Embarrarse era poco; ¡éramos el barro mismo! Nunca supimos en que momento eran las seis, solo hasta que ella pegaba el grito.

Los recuerdos personales, no son precisos, pero tampoco se discuten porque son personales. A veces son cómplices traicioneros de nosotros mismos. Son como los avances de viejas y distintas películas donde tuve protagónicos, papeles secundarios y alguna que otra historia en la cual quedé solo de espectadora. Puedo asegurar que sí, tuve muchas vidas en esta vida (y en las otras, otras tantas). De todas ellas conservo en esta memoria, siempre las mismas escenas. Solo de vez en cuando, como hoy, se proyectan ante mis ojos esas partes olvidadas, tapadas quizás, por este ahogo que esos recuerdos me causan.

Entre lo que recuerdo y quiero recordar, hay una oscuridad que da miedo, es como un fantasma que los protege de mí o se escapa con ellos. Esos no recuerdos, son como la identidad perdida y los que quiero desechar vienen a mí, como gigantes olas que no me dan tiempo de escapar. Caen, hielan mi espalda y vuelvo a sentir ahogo. Ellos me mienten y me quieren atrapar en protagónicos que no acepto.

Cuando grande mamá, yo solía acompañarla por las tardes, le gustaba tomarse un té de marcela, “para la digestión y la acidez, aseguraba. Cada dos por tres me contaba cuanto me gustaba comprar el pan los domingos con mi papá, o los viernes (me decía) que lo esperaba porque sabía que cobraba y me iba a traer algo rico en su bolso. Recuerdos de ella sobre mí, que no pude recordar, a veces sentía que me mentía. El único recuerdo que tengo de papá, es él sentado en la punta de la mesa, cenando, sin decir palabra, mientras mamá nos hacía gestos de “pórtense bien” todo el tiempo.

Vivo de los recuerdos, porque necesito hoy de ellos para creer que tantos años tuvieron sentido. Acá no me dejan hacer nada, solo ver películas con los otros viejos los sábados a la noche y yoga los jueves con Carolina. Bueno...También ver la novela de las cinco cuando nos dan el té.

Vuelo

Alejandra Virzi

Vuelo!

Que el universo sea mi techo,
que el objetivo no sea la meta
sino dejarme volar.

Mi vuelo a veces
atrapa una efímera palabra,
la desencadena,
se la regala al aire
para ver como se expande
y como me expando con ella.

Vuelo
porque me permite observar
como es adentro desde afuera
como lo frágil es tenaz
y lo rígido...
se quiebra.

Vuelo,
para no claudicar en los intentos,
para soñar
y en esos sueños
construir realidades.
Vuelo desde el arte

porque tiene la llave
que abre las puertas
para encontrarme en el otro,
porque
 no soy
 sin mi reflejo
y cuanto más alto vuelo
más profundas las raíces
para volver a volar.

La Creacion

Gabriel Ernesto Guevara

Y la estrella explotó en una cascada de colores,
Surcó en el cielo un mar de cenizas Buscó el punto más alto para
poder observar
Como inevitablemente surge la belleza.
El rojo se trenza con el negro
El azul se abraza al amarillo
El verde los envuelve, los sacude
Y así se teje el mar y la tierra.
Atraído por el espectáculo
El viento se suma a la alegría
Desparramando dulces melodías de amor, Exquisitas composi-
ciones inspiradas de ver y sentir
El coqueteo interminable entre la luna y el sol.
Los astros aportan el ritmo con sus destellos intermitentes
Y así es como nace el baile
Entre las estrellas y los planetas,
El cielo y la tierra
La tierra y el agua,
Y de esta vibración, de este compartir, de este placer,
Surge sabia,
Nuestra madre naturaleza.

Lucha Campesina

Gabriel Ernesto Guevara

No quiero vivir en el país de la alegría,
Alegría del siempre verde
Del desierto verde
Del papel verde.
Alegría de pocos y privilegiados.
De trajeados y perfumados.
Quiero vivir en la alegría del algarrobo, el mistol y el quebracho
Del mate, el guiso y el rancho. Del chañar, la Brea y aguaribay
El sauce, la jarilla y el guadal. Alegría del vino, la ronda y el fogón
Del pan al rescoldo y chicharrón.
De la mazamorra y la luz mala
Horno de barro, charqui y leche de cabra.
Arrope, miel y las gallinas,
En el techo, horcón, barro y jarilla.
Los chanchos y los quesos,
De los dulces y los ungüentos
Los recitados y los cuentos.
Las gotitas y pomadas,
Sachacabra y Lampalagua.

Alegría del Monte, pájaros y montañas.
El catre afuera bajo la noche estrellada.

De las cremas y los yuyos,
Los curanderos y los brujos.

La alegría del canto
La lechuza, jote y carancho.

Yarará, quirquincho y jabalí
Puma y pecarí.

Quiero vivir en la verdadera alegría capaz de transformar la violencia,
(No la de reclamar ni expresarse) La verdadera violencia: Desmonte y fumigación Desalojo y represión.
Desarraigo y explotación.
Falta de oportunidades y negación.
No sabes, no puedes.

Quiero vivir en la alegría de la dignidad,
La identidad construida y compartida.
Sentida y transmitida.
La alegría del reconocernos, respetarnos y entendernos,
Con música y poesía.

Y quiero que vivamos con alegría
(No solo de sonreír, si no de transformar)
Aunque sea con dientes apretados y puños cerrados,
Sucios y cansados Empoderadas y organizadas
Parados, siempre paradas.

El Arbol Nuestro Abuelo

Gabriel Ernesto Guevara

Si nos quitamos la cáscara
Rompeamos la coraza
Mezclamos los colores
Cruzamos las razas

Trenzamos los brazos
Nos abrazamos y contemplamos

Hacemos memoria
Reconstruimos la historia

Si dejamos que el cóndor eleve nuestros sueños
Que la serpiente nos transforme
Que el arroyo purifique nuestros cuerpos

El sol nos volverá a alimentar
Usaremos la música para pintar
Sembraremos alegría
Y el dolor se acabará

Allí donde exista explotación y sufrimiento
La organización y el trabajo colectivo
Formarán un solo trueno
Que despertará al fuego

Se volverán a repartir las cartas y las tierras
Y seremos capaces de alimentarlas con sueños y semillas
Dejando como herencia la conciencia
De que hay muchos mundos posibles
Que se construyen en amor y libertad.

Don Hugo

Gabriel Ernesto Guevara

Todo comenzó aquel domingo que faltó. Aquella soleada mañana, todos nos preguntábamos: ¿dónde estará? Pasa que él era incondicional, realmente era parte del equipo. Un hombre perfil bajo, humilde, se podría decir que un hincha más, o un jugador más, o un capitán adoptivo o un técnico de corazón que nos acompañaba a todos lados. Poco sabíamos de él, excepto que es médico (porque por ahí nos salvaba las papas cuando no conseguían profesional, y bueno, ahí se ofrecía como para que podamos jugar) y obvio, que le apasionaba el fútbol. Siempre pegado al alambre, con su camperita Adidas que dejaba asomar una remera de River, su vaquero azul y sus zapatos negros bien lustrosos, (como sacados de contexto), haciéndole frente a la tierra, al pasto seco, al viento fuerte y al humo de choripán que siempre abundaban en aquellas canchas. Y claro, se podría decir que lo más característico es que siempre estaba con una radio (de esas que se encuentran en periodo de extensión) pegada a la oreja. En muchos momentos, sobre todo en esos partidos aburridos, en los que en la defensa hay poco que hacer, nos entreteníamos viéndolo renegar con la antena de la radio o corriendo de lado a otro sobre la línea del alambrado. ¿Qué hubiera pasado si en las canchas no hubiera alambrados? ¿Se hubiera metido a jugar? ¿Le habría pegado al árbitro? Pagaría por ver eso. Sobre todo, en esos partidos que corría como perro rabioso al lado del alambre, sólo deteniéndose unos momentos para dar alguna indicación. Cortita, clara y efectiva, que, entre insultos, gritos de alguna madre o padre apasionado, era bien recibida y acatada sin demasiadas preguntas o reproches. Es que todos lo respetábamos, nos daba confianza y creíamos en él. En el fondo sabíamos que era una especie de gurú, de brujo, como lo era Víctor Brizuela en aquella época (muy distinto a los porteños pedantes a los que estamos acostumbrados). Esa era la clave del éxito, y lo fue en ese campeonato que salimos primeros. ¡Si señor!, salimos campeones, gracias a estar unidos, funcionar como equipo, (nada más y nadie

menos), traspasar la camiseta, obedecer al técnico y claro (aunque nada se decía de esto) en los partidos difíciles cuando reina el desorden, abrir la oreja a aquel costado o buscar alguna excusa para acercarse y dejar entrar aquellas sabias palabras. A veces eran retos, en otras ocasiones palabras de aliento, ingeniosas estrategias, y, algunas pocas veces palabras de empatía como “ese pibe es un sucio” o “el árbitro está comprado”. La cuestión era que él era un personaje fundamental para ese equipo y lo fue para aquel glorioso campeonato. Era también misterioso. Y lo que más nos intrigaba: ¿Qué estará escuchando por la radio? ¿La tendría prendida? ¿Quién está jugando domingo a la mañana o miércoles a la tarde? ¿capaz algún partido de Talleres en el Argentino A, alguna liga extranjera... ¿Será una especie de loco que cree recibir órdenes de los extraterrestres sobre el partido y las transmite? En fin, creo que son cuestiones que dudo se puedan resolver en esta vida, capaz que, en una próxima, si es que nos reencarnamos en una radio o un fútbol.

Hugo se llamaba, lo sabemos por qué en el entrenamiento previo a la “gran final”, estábamos pateando penales después de jugar el 25, con la esperanza de convertir y de premio otorgar una terrible patada en el culo del pobre chango que había quedado atajando. Y ahí se acercó, y, como si nada, agarró la pelota y dijo:- No nene, la pelota está en un pozo, fíjate bien, no dejes que otro te la acomode, ni el árbitro ¿entendiste? La tenés que acomodar bien, en un terreno parejito, písalo antes y colocá la válvula en la zona donde vas a golpear la pelota. Tomá carrera, no un trayecto recto, más oblicuo, y no tantos pasos. Pégale muy fuerte a una orilla, ahí donde tejen las redes las arañas, y aunque el arquero se tire para el mismo lado, no va a llegar nunca.

El Chueco atinó a decir:

- Gracias. ¿Cómo es su nombre señor?

-Hugo, respondió, y se apartó a ver como lo ejecutaba.

La sorpresa fue cuando ese domingo, en “la gran final” de Avellaneda vs Escuela Presidente Roca, el mismísimo Chueco concretó el penal de la victoria. Un penal polémico, muy dudoso diría, de esos

que sólo se le cobran a Talleres. Había sido un pisotón de Lucas Farías en el área chica, pero, aunque él tenía esa maña y otras más (que son antiéticas describir), no había quedado claro si fue falta, que por lo general no se cobran en esas instancias. La cuestión es que se armó un lio... la hecatombe, la debacle total, una seguidilla de incidentes bochornosos que involucraron a la abuela, el choripanero, el naranjita, la cana, los perros, los jugadores, etc.

La gente de afuera y de adentro se puso al rojo vivo. Como si en ese preciso momento se hubieran acordado de que el sueldo no llega a fin de mes, en las promesas de los políticos que no llegan (como el cohete de Menem), que en la despensa “Guaraní” no le fían más, de las veces que el perro caga en el patio, las ocasiones en que no se encuentran las pantuflas... Se había engendrado un fenómeno social de masas difícil de describir, donde hasta la señora más coqueta reboleó el abanico, el cura del barrio al borde de las piñas, el abuelo a los gritos pelados: “Árbitros eran los de antes”... ya no se entendía nada. La cuestión es que, en medio del caos, con mucha serenidad, el Chueco agarró el futbol, miró a Hugo que, como en cámara lenta, le asentía con la cabeza diciéndole con extraordinarias muecas: “Vos podes, hacé como te dije”. Y así fue. Cinco minutos antes de que la gente corra al árbitro por todo el barrio, el Chueco siguió las indicaciones del Hugo al pie de la letra. Colocó la pelota al lado del punto del penal (siempre hay un pozo ahí), realizó una trayectoria oblicua y, mirando al palo izquierdo y girando con todo el cuerpo para ese mismo lugar, efectuó el penal abajo, al palo derecho, fuerte y seguro. La verdad, un golazo que desató un festejo alocado, trasladando toda la alegría al vestuario y materializándola en todos los armarios de chapa que quedaron abollados de tanto golpearlos, y en la ropa desparramada por todo el club, al ritmo de: “Dale campeón, dale campeón”. Luego de un emotivo discurso del director técnico destacando todos los esfuerzos y progresos en lo futbolístico de cada jugador, coronó el momento entregando las remeras a los jugadores como trofeo y una foto que había sido publicada días antes en una revista deportiva. Era una foto de todo el equipo en dos hileras, unos agachados y otros

parados, con la mascota del equipo, y allá atrás, como sin querer queriendo, se lo ve a don Hugo agarrado del alambrado con la radio en la oreja.

Todo era dicha y alegría, parecía que esa satisfacción se iba a immortalizar, pero el año siguiente, cuando llegó ese domingo soleado, nos preguntábamos: “¿Y el Leo?”.

- Está trabajando en la pollería del padre...
- ¿Julián?
- Consiguió un trabajo y tiene que terminar el secundario....
- ¿Maxi?
- Parece que está en cana, por vender marihuana...
- ¿Ricardo?
- Fue papá y tiene que ponerse las pilas con las changas...

Y así siguió la lista, hasta que alguien preguntó: “¿Y Hugo?”

Se hizo un silencio desgarrador, pasaron varios ángeles... Es que Hugo parecía el alma del equipo, una especie de motor que siempre movilizaba los engranajes. Es más: cuando el técnico se demoraba por atender la gomería, él nos hacía funcionar como equipo y a dar vueltas por la cancha, después nos tiraba un futbol y nos decía: “A transpirar la camiseta, hay que dar lo mejor, dejarlo todo, como si fuera la gran final”.

Otras veces caía a los entrenamientos con gaseosas o nos invitaba unos choris... ni hablar de la vez que trajo las camisetas... ¡¡que emoción!! Creo que a varios se nos cayeron algunas lágrimas que disimulamos con postura de machos. Pensamos que sería del equipo sin él, y para consolarnos dijimos que ya iba a venir. Pero esa ilusión se hacía más lejana, a medida que pasaba el tiempo y crecía su leyenda. ¿Habrà fundado un club para ayudar a los pibes del barrio, como Don Agapo u Odilo?, ¿será técnico de algún club grande, de primera, como Belgrano?, ¿habrá jugado al Prode y se lo habrá ganado el viejo brujo aquel?. La teoría más desafortunada era que se le había roto la radio y que cayó en una depresión irre recuperable. Pero estoy seguro de que todos nosotros, cada tanto, recordamos y nos emocionamos sólo de pensar en aquellas épocas. Ni hablar cuando en algún momentito del día, cada tanto, uno mira esa foto

blanco y negra y lo ve al fondo (en el borde de la imagen, pegado al alambrado, en la esquina donde el Chueco puso el gol) a “Don Hugo”. ¿Qué será de su vida? ¿Nos estará acompañando desde el cielo? ¿Tendrá todavía la radio? ¿Qué escucha en la radio? La vida fue avanzando cargándonos de experiencias, emociones, desafíos, y dejando cada vez menos tiempo para replantear estas preguntas. Hasta que, en una noche mágica, se cerró el círculo. Sentí la plenitud misma, como que todas estas preguntas fueron respondidas sin esperarlo. Fue algo maravilloso, muy difícil de describir, pero digno para compartir. Por eso les voy a contar, capaz que a ustedes también les sirva: una noche, un jueves frío de junio, sin saber por qué, me comenzó a invadir un sentimiento de melancolía, y, necesitado de cargarme de lindos recuerdos y de alegría, agarré la foto, la miré, (no me acuerdo si pensé en Hugo) y salí a brindar conmigo mismo por las cosas lindas que me pasaron en la vida. Caí en un bar de la zona del Paseo de las Artes (mi segundo hogar) y pedí una cerveza. Estaba solo, necesitaba estarlo, era como que me tenía que responder personalmente muchas preguntas. De repente vi a un hombre cantando a dúo con una mujer, ambos generaban algo tan hermoso, similar a las flores del campo o los atardeceres en Noroeste cordobés. Sentí una sensación como de enojo y decir palabras dulces. El ambiente estaba denso de melodías que generaban sentimientos y vibraciones dulces. Fue en ese ambiente que respiré profundo, abrí mi pecho y lo vi. ¡Sí señor, qué sorpresa!; Era Hugo! No se había muerto, ni se había olvidado de su tarea. Ahí estaba, dejando todo en la cancha, como siempre, con alegría, humildad, con pasión, cultivando amistades y generando cosas lindas en las personas que lo rodean. En fin, embelleciendo el mundo. Y esa fue la respuesta a todas mis preguntas. La respuesta era sencilla, sin tantos rebusques como decía Don Hugo: “Hay transpirar la camiseta, hay que dar lo mejor, dejarlo todo, como si fuera la gran final”.

Ruedan...

Silvia Montivero

Ruedan
los besos madurados
bajo pieles de luna
y una larga cabellera
de silencios
acaricia mi espalda.

Enjuaga los brotes...

Silvia Montivero

Enjuaga los brotes
un sorpresivo aguacero.
La rosa del lapacho
contrasta con el claro verde de la mora.
Se multiplican los amarillos del espinillo austero.
Y atrás, a un lado y a otro lado:
un cielo inquieto
abraza la savia de esta primavera.

Un cuenco soy...

Silvia Montivero

Un cuenco soy
Un cuenco mitad barro
mitad piedra.
Suspendo en este cuenco
tu piel, tu sangre presurosa.
Un cuenco soy
de barro,
de piedra,
de sangre.

Desovillo recuerdos...

Silvia Montivero

Desovillo recuerdos
mientras los brotes
amanecen aferrados
a las ramas grises
de un invierno perezoso.

*

Gustavo Galdeano

Descansé la piel
de todas las voces
como esas palomas
que se acomodan sobre el pasto
buscan la sombra
entornan los ojos
no duermen.

Espero te decía
mirando el comedero
de los pájaros.

Extrañas las maneras del amor
El gato en celo
Las podas de mayo
plumas sobre los juncos.

Ofertorio en el rocío
que no hace nido.

*

Gustavo Galdeano

Podría haber sido pájaro de colores
caminar descalzo
sobre el filo ardiente del mundo
Yo
que hubiera atrapado un pez
con la mirada
y no temblar como hoja
de agosto

Ahora quieto en esta página
de barro y sal
espero
la hora ciega
diminuta
un eco de campana
al final del día.

*

Gustavo Galdeano

La marcha voraz de las hormigas que acopian en sus laberintos.
Un visitante inesperado que huyó ante la mirada torpe.
La melodía de algunos pájaros y todas las arañas de la casa aguardando después de tejer.
Los días previos, las horas verdes que te anuncian.
Observo ese devenir. La calma ante la incertidumbre del mundo.
Un poco de agua en las espinas.

No vayas

Sergio Alejandro Cortéz

No vayas a perder
el viento de la tinaja
que el camino
es largo
y no me alcanza
para mis alas
recien nuevas
que me nacen
de tu confianza

No vayas
a despertar
la distancia
entre mis alas.

Tu nombre

Sergio Alejandro Cortéz

Mi boca
se abrió en la sed
y no fueron de las espinas
Ni de los árboles
donde bebí tu nombre
/
Se me hizo
Cicatriz en la garganta
/

Lo que no pude decirte
cruzó el desierto
Para perderse en la huella del agua

/

Tu nombre se borró
a lo lejos
Se levantó en el viento
entre la arena y los miedos.

/

Canté la libertad con tanta lluvia
que se inundaron
los restos de silencios
que no pudimos romper.

Dos vasos

Sergio Alejandro Cortéz

Dos vasos a medio besarse
de alcohol bullente
sobre la mesa
esperan dos bocas
a todo besarse
al frente
de la evidencia.

Llueve

Sergio Alejandro Cortéz

Llueve
pero no para las ventanas

un ángel pierde agua
entre las alas

no es para hacer ríos
no es para hacer lágrimas

y sin embargo llueve

llueve el vacío
lleno de nada

Un ángel sigue perdiendo
agua entre las alas

su viaje detenido
se está derritiendo
sobre las palabras

no es para los peces
no es para los barcos.

Llueve
pero no para las ventanas.

Origami

Sergio Alejandro Cortéz

Para colgar una grulla
de origami
en el techo
es necesario tener
un amigo gigante,
una escalera interminable.

y una tanza que soporte
el vaivén de los sueños.

Para que danze una grulla
de papel
es necesario Cantarle
abrir la ventana del viento
Y Regar de luz sus alas

Para que una grulla
de papel
cumpla un deseo
es necesario
dejar que se escape.

Flamencos

Sergio Alejandro Cortéz

Te traeré flamencos
cuando vuelva de regreso.

Dos flamencos:

Uno

Cargado de caricias ,

El otro

Cargado de besos.

Un par de flamencos:

Uno con una vasija,

El otro con un cuenco.

Dos flamencos:

Uno

A favor de la brisa,

El otro

En contra del viento.

Cuando vuelva de regreso

Te traeré dos flamencos.

El Día del Amor

Jorge Hugo “Pájaro” Galaburri

Hoy

las personas se amarán como nunca
en otros días por el día del amor.

Es que es el día decretado por los mercaderes
para satisfacer las demandas colectivas urbanas y rurales del amor.
Vaciaran los escaparates de rojos corazones para ofrendar al amor.

Se abalanzaran
sobre las góndolas de frases hechas para alagar al amor.

Pero no lo harán por convicción
por elección de vida en el amor.

No por la inagotable militancia en el amor.

No lo harán por el vértigo presuroso
del beso en la penumbra.

Por la llama sagrada de la revolución del amor.

Hoy las personas se amarán
como nunca en otros días.

Se amarán en cómodas cuotas y hasta agotar stock.

Se transmitirá en vivo y en directo por cadenas nacionales y se
darán pronóstico zodiacales en el día del amor.

Pero no lo harán por la ternura, el candor, el roce trémulo de tus
dedos en el alma del amor

No por la leve brisa de tus ojos despeinando los cabellos del amor.

Ni por el perfume a mar de tu cintura.

Hoy se amarán

con la firme esperanza de ganar el premio mayor, la dulzura en fras-
co de alta gama.

Con el rosal arrancado hasta la raíz en las manos del amor

Pero no lo harán por el esplendoroso beso entre las piernas del amor.

Por la magnificencia cotidiana de tu presencia en el amor.

Hoy se amarán hasta destrozar los corazones.

Hasta vaciar las reservas naturales del amor.

Por la sustentabilidad y la renta financiera del amor.
Pero no lo harán por los campos milagrosos de tu espalda. Ni por los manantiales que brotan de tus senos.
No por las flores de tu boca.
Hoy se amarán las personas por el día del amor. Por el día de los enamorados que cuentan los días en que falta para que se acabe el amor.
No lo harán por el bien común de tus manos
Ni por el derecho universal de tu deseo.
No lo harán por hacer al amor
como me haces sentir el amor.

Villatierra

Jorge Hugo “Pájaro” Galaburri

Chuncano Comechingon.
Me extraño en otras tierras.
Porque en ésta me nací, me crié.
Huequito uterino mi valle
Visión panorámica.
Tengo en el patio un cerro
que nace soles nuevos cada día.
Las mejores lunas.
En las pampas me siento huérfano de sierra
Mi alucinógeno son los azahares de la plaza
chañares y algarrobos del monte.
Mi música, pititorras y calandrias
Pitojuan en sauce, crespín de brea
arrope de chicharras al oído.
Me extraño en otra tierra

Sin apapacho de abrazadora siesta
Sin los cristalinos de mi río
llorón de sauce
de garza y mojarras.
Soy de dolores, no de dolor, sino de tierra dolorense.
Como Paso del León en el churqui serrano
Con polvo de barrio en el pelo y en la lengua.
Con esquina de niños y perros
comadres con escoba y novedades
Ella en solerita paseando por la fuente.
Tierra que no deja de ser pueblo
Que lo pecha la ciudad
al pandito individualista
y resiste y persiste solidaria.
Entre los amigos y amigas
somos territa fresca, terrón de arcilla.
Invita al goce sin tiempo
para olernos, tocarnos,
reírnos, celebrarnos,
amarnos.
Amuchados en esdrújulas serenatas
de mate y yerba buena.
Y volver
Siempre volver a vos
mi tierra que soy yo
con nombre y sobrenombre.
Chuncano comechingón
le esquivo a las eses y arrastro las erres
salto letra y palabra
para decir cantando.
Villa Dolores, villa chuncana,
villa cielo inmenso, villasentimiento.
Me siento en tu regazo y soy tomillo, peperina.
Me duermo piedra

Y me sueño jote
chimango
cóndor
viento.

Río

Jorge Hugo “Pájaro” Galaburri

Barquitos de hojas
montados a la siesta
en el Río de los Sauces.
Al abordaje
descalzos y en cuero
somos piratas del barrio.
En el puente del Sarmiento
alguien clama por uno de nosotros,
varilla en mano, implacable.
La greda es camuflaje
para trepar lianas de los sauces.
El tesoro son mojarra
y las desgracias los chonchacos.
La calma chicha de Villa Dolores
es bullicio de chicaje
en el Río de los Sauces.
O lo fué
O lo volverá a ser.
Que manera de vivir el Río!
Que manera de soñar que río,
con vos Río!
¿Donde te perdimos que tengo que volver a la infancia para verte?

No hay rastro de vos desde San Vicente hasta San Pedro.

Me zambullo de nuevo
con el chicaje
en la Casita del Agua,
en Piedra Pintada
en las ollitas y diquecitos,
que armamos como fuertes
para saltos mortales
clavitos y panzazos.
En la hora mágica
el río resplandece
y las garzas estrellan el agua.
Los sapos afinan sus cantos
y los tuquitos bailan fluorescencias
La luna nace en la sierra
y trae ofrendas de plata para el Río.
Y allá vamos pa' las casa
chuncaniando los sueños
saboreando el agüita
del Río de los Sauces.

Fuego

Jorge Hugo “Pájaro” Galaburri

Ahora
que las furiosas espadas del sol
desangran el ocaso
y los corceles del viento
desbocan en espumoso rojo

La eterna batalla
hace oír sus lamentos
Ahora
y en la hora
en que los desquiciados hombres
de hielo
devastan hasta el propio aire que respiran
En la eterna batalla se escuchan lamentos
Ahora
que los guerreros encrespan sus alas
y los cielos descargan cenizas
La eterna batalla
hace oír sus lamentos.

11 de Octubre

Jorge Hugo “Pájaro” Galaburri

Piuque despertó antes que el sol.
La noche todavía seguía oscura como su sueño.
Tomó su manta y salió afuera. Hasta las estrellas parecían pocas
esa noche.
Soñó con un árbol enorme, en sus ramas vió ríos como hojas trans-
parentes y frutos naciendo y brotando y cayendo en montañas que
llevaban al mar.
En la copa estaba el sol y en las raíces la luna
Y en el centro hombres y mujeres custodiando un fuego tenue.
Hablaban, discutían y lloraban hasta el silencio.
Vió surcos negros en el cielo y la oscuridad cayó como una lluvia
densa.

Se adhirió a su piel y luchó por quitarla.
Escaló el árbol hasta la copa, ya sin hojas de ríos y el sol por apagar.
Tomó su corazón y se lo ofreció como plegaria.
La oscuridad ya la ganó y sólo quedaron sus ojos para dos palabras.
Vela y Yelmo.

Piuque, la sacerdotisa, estaba lejos de todo y de los suyos.
El tiempo ya no era un aliado.
Escribió en el códice los símbolos que sólo unos pocos pudieron entender.

El fin de la libertad.

El cuerpo obrero - Manos

Lucas Cedriani

Renuncié al corazón de la palabra: ya no tomo de sus archivos metáforas sin suelo, ya no elevo con sus ansias latentes la voz firme del acto verbal.

Cuando crecía imaginaba que el tono justo de mi grito bien empuñado era un avance para todos, aunque las masas a cambio renunciaran al verbo, decía.

Entonces creía que liberaba una jaula de pájaros en la niebla pero caía en mis ecos: respiraba profundo para no ahogarme y terminaba navegando ciego. Olvidaba en mi sordera que el inconsciente también es político.

Ya que en cualquier “Yo” me enredaba hablaría con las manos: en cada dedo un verso, en la palma abierta un camino, una flor para mis muertes en cada lavado.

Por fin así, en la renuncia y el devenir de cada gesto, logré encontrarme disponible, mano a mano en una lengua a contrapelo.

Plumas

Lucas Cedriani

Pluma va,
abandonada.

¿Es huida de un pájaro
que el puma olió
o caricia vieja
que el ave soltó?

Pluma va,
en la hondonada.
Estaba en el tintero
de los silencios que pueblan
la siesta del cóndor
que hondo nada.

Pluma va,
acurrucada.
Callada se agacha
en la ramada:
que no la pisen abajo,
que no la pasen de largo
... tus miradas.
¡Ojalá volara a tu oreja agarrada!

Collar de piedra

Ser: Amar a Mares

Lucas Cedriani

Al primero lo regalé a un amor que no soltaba amor.
Al segundo, al amor que solté en mi resolana,
porque entonces yo no sabía mirar,
porque entonces miraba para llenarme los ojos.

Al tercero o cuarto al Amor lo regalé, pero tampoco volvía a mí.

Ya no sabía soltar ni mirar.
Tuvo que venir la sombra a entramar

una luz necesaria y firme.

Entonces ya no tenía piedras
y los ojos escapaban a la luz directa.
Fueron los hilos trama de sombras
que me atrapó entre espejos.
Cuando por fin vacié los ojos
de tanto soltar los nudos,
vi una sombra reflejar otras sombras
y un grito de piedra bailó entre mis lágrimas.

Lógica

Lucas Cedriani

No hay un juicio final.
Somos testigos de nuestro propio desbande:
ahora el pan ha aumentado
y no se consigue la sal de las señales
en las librerías de turno.

No hay válvulas de escape.
Somos polvo en cruce de espejos,
en caleidoscopio que una mano gira:
cuando la mano duda nos afirmamos
en nuestra propia sombra.

De pronto, recuperamos aliento,
creemos que somos una partícula
de nuestra misma lógica final,
girando la mano que gira la lente.

I.

también el viento
la perpetua lluvia
susurran con voz clara tu nombre,
el humo del fuego
que cruje sigiloso
se disipa en el fondo del patio,
y viaja
cruza sierras imponentes
quizá llegue a tu puerta
y deslice por alguna hendidura cómplice
mi aliento pleno de palabras
que nunca aprendieron a decirse.

2.

las sombras acechan por la noche
y tengo miedo de olvidar cómo soñar
del frío que acuchilla los pies descalzos
de que te vayas
sin recordarme
de que los atardeceres dejen de enamorarme alguna vez

pienso que alguien más podría erizarte los sentidos
que siempre tuve miedo de dejar ir
amores
objetos
razones

algunas veces tengo miedo a la oscuridad
sobre todo cuando no hay manos
que sostengan los sueños
me aterra que no vuelvas a nombrarme

por eso escribo
para recordar
que temer no me trajo hasta donde estoy
que el miedo es puntapié
para estar despiertos
a lo que nos hace volar.

Amor

Sol García

Los dos siendo un mismo deseo, encandilados de sueños, con las manos encendidas por el calor del otro. Como una hoja acariciada por el sol de otoño, me dejo llevar por el viento. Y ahí, lejos de todas las ataduras pasadas, vos esperarás con tus ojos fuego que derriten todas las dudas, y me invitan a sentir el mundo abrazándote.

Un Lucero

Yanina Lozada

Era pleno agosto, el olvido se adueñó de aquel paraje de campesinos que en algún momento vivió de sus cabras y sus algarrobos. Las almas lucían agrietadas, en contraste, con las brillantes hojitas verdes que ahora los rodeaban. Allí estaban -adormecidos por el fertilizante nauseabundo que arrasó con sus tierras- Anselmo y Eulogia, recordando el canto embriagador de corbatitas, picahuesos y zorzales. Cuando no hacía falta prender el televisor para que hubiera ruido.

Añorando aquellos tiempos de amasar en la batea del patio extasiados por el aire del espinillo. Cuando no hacía falta la lona mojada en la ventana, para filtrar la emanación del tóxico, que al principio venía de a ratos y ahora ya era parte del todo.

Una tarde, tomando mate y mirando el antiguo bebedero de las chivas, Eulogia volvió a tener aquel sueño diurno. Se vio hablando con los vecinos, uno por uno, convenciénolos de devolverle la vida al monte y de amasar la algarroba. De comenzar sacando afuera a los custodios de los nuevos dueños. Esos que asustaban y amenazaban a cualquiera que pareciera levantarse.

Ambicionaba desterrarlos, sufría el robo de su mayor tesoro, que más que sus posesiones, era su saber hacer con lo que emanaba de la tierra. Era la esperanza por sus hijos en cada cosecha, en cada carneada o en las tejidas de cueros.

Anselmo volvió a interrumpirla.

-Pero vos estas loca Eulogia! Otra vez con lo mismo mujer! Te van a matar como a los pobres Altamirano. Tenían todo el pueblo apoyando y así les fue. Si vos querés pelear

contra un mamut, así vas a terminar!! Ya no hay nada que inventar Eulogia, así es el progreso, así son las cosas y así van a ser.

Eulogia salió al patio y lloró largo rato abatida contra su cerco.

Sin embargo, en el fondo de su ser, sobrevivía una luz. Así que rezaba y rezaba, pero no encontraba modo de consolar su espíritu de lucha aprisionado. En un utópico afán, empeñaba sus días. Hablaba con algún que otro vecino, cuando no le cerraban la puerta apenas la veían acercarse.

Un día, se cruzó a un joven de mochila algo extraño que le preguntó si había algún comedor por el pueblo. Era médico y estaba conociendo el lugar.

Eulogia, había encontrado, en aquel instante, a quien hablarle de sus fantasías y sin pensarlo dos veces, le dijo, -Hijo, yo puedo hacerle de comer, mi casa no esta muy lejos.

Cruzó los dedos, el doctor aceptó. Le explicó como llegar y adelantó con coraje el paso para el rancho.

-Anselmo, tenemos visitas! sin dudar le dijo.

-Vino un doctor al pueblo, voy a preparar una comida y vos, si quieres, aprovecharé para hablarle de tu tos y tus dolores.

Enérgicamente se arremangó y vistió la mesa de fiesta con el último queso hecho por ella. Abrió el bidón de agua y metió en la olla sus remotas convicciones. Lo llamó a Anselmo y le pidió que buscara algo fresco en el pueblo. Éste rezongó, pero allá fue. De paso se jugaba un numerito a la suerte.

Como en contra reloj la doña se sentó junto al doctor, e

inquebrantable, le relató la historia del pueblo. Para culminar, le habló de sus sueños...

La habitación se ventiló, se llenó de los colores y sonidos de ese paraíso que era su único norte.

-No le diga nada a mi marido cuando llegue, doctor. Se lo ruego!

Al terminar de hablar, sintió sangre nueva en sus anhelos y corrió a adornar de forma especial ese guiso.

Anselmo entró, fue hasta la cocina y vio el brillo en los ojos de su mujer que se mordía los labios mientras servía.

En silencio, negó con la cabeza y dejó los mandados.

El sol se fue sin chicharras ni pájaros esa tarde.

A las pocas semanas, en una siesta más del montón, se sintieron palmas y un motor a lo lejos en la tranquera. Eulogia salió con la confianza de quien ya ganó y estuvo allí en menos de un suspiro para ver quien era.

Se demoró.

Se hizo la hora del almuerzo, no volvió a entrar. Nunca se había ido sin avisar.

Cuando a Anselmo se le anudó la garganta, salió a buscarla. Primero recorrió el pueblo, pero no la habían visto. Pensando lo peor, apuntó a guadales y senderos preguntando a los pocos vecinos que quedaban, viejos casi todos. Los jóvenes se habían ido junto con la alegría.

Tras un par de horas, deshidratado como el suelo que pisaba, llegó a las últimas casas del paraje.

-No encuentro a Eulogia, dijo desconsolado. Un puñado de hombres lo acompañó hasta la policía, en tanto sus mujeres prendieron velas a los santos.

En el camino gritó y gritó ahogado su nombre sin respuesta.

Al llegar a la delegación encontraron solo moscas.

-No hay nadie. Porqué? Preguntó.

Uno de ellos salió a buscar al comisario, mientras que Anselmo se sentó, aturdido, agarrándose la cabeza, al lado de una radio que bramaba.

-Buen día a toda la audiencia, exclamó el aparato, les hablo en nombre de la organización "Somos Tierra".

Anselmo paró la oreja, esa voz le resultó conocida, si, era la del doctor que comió en su casa y que le dio aquellas recetas con las que iba mejorando.

-Aquí estamos, hemos encontrado el lugar y el hogar, dijo. Estaremos visitando a sus familias un equipo de profesionales investigadores, para realizar un relevamiento social y sanitario. Luego llegarán refuerzos para el plan de acción que se emprenda con nuestro programa, en defensa de la vida campesina.

-Hemos recorrido numerosos pueblo en similar situación -agregó- sin embargo, decidimos instalarnos en este paraje por la epidemia de miedo y soledad que lo azota. Y a la vez, porque es aquí, donde hemos encontrado, el principal y más valioso de los recursos para trabajar. Una mujer con la voluntad y la audacia de un pueblo entero, que le dio sentido a nuestra lucha y renovó el espíritu de la organización.

-Agradecemos con todo esto, a doña Eulogia Lucero, aquí presente.

Índice por Autor

Rocío Lacaya Mosquera	11
Carolina Militello	15
Alberto Carlos Prieto	19
Frida Schneider	27
Carlos Manuel Vicente	31
Liliana Cardelli	45
Alejandra Virzi	51
Gabriel Ernesto Guevara	57
Silvia Montivero	67
Gustavo Galdeano	69
Sergio Alejandro Cortéz	71
Jorge Hugo “Pájaro” Galaburri	77
Lucas Cedriani	85
Sol García	89
Yanina Lozada	91

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Noviembre de 2020
en el taller de la Editorial Gráfica 29 de Mayo
Córdoba - Argentina